

FÁBULA VIII

Dorila y Aminta,

Dorila, de sus campos la ventura,
De pastores encanto y embeleso
Por su rara hermosura,
Y zagala gentil de mucho seso,

Sentada á su placer sobre el tomillo,
Prodigaba á la par, con linda mano,
Almendras á un perrillo,
Y rollizas bellotas á un marrano.

Ya se comprenderá con qué hidalguía
Su gratitud el Perro le mostraba,
Y la mano lamía
Que pródiga su vientre regalaba;

Al paso que el Lechón ¡gran egoísta!
Atento al fruto que su afán devora,
Ni aun levanta la vista
Para mirar la dulce Bienhechora.

La vió Aminta; y exclama sorprendido:
— «Que premies por igual, extraño mucho,
Al Perro agradecido
Y á ese ingrato y glotón Animalucho.» —

— «No lo extrañes, Pastor, que por ahora
Prodigue así sus dones mi clemencia:
Acércase la hora
De señalar horrible diferencia.

» Ya verás cuán serena y sin enojos
La suerte miro que al Lechón alcanza;
Pues risueños mis hojos,
Verán correr su sangre en la matanza.

» En tanto que del perro, fiel amigo,
Mi mano cariñosa será escudo,
Y gozará conmigo
De cuanto el Cielo enriquecerme pudo.» —

— «¡Dichosa tú, que tan cabal retratas
Los consejos de sabia Providencia!
Las personas ingratas
Pueden ver en tal rasgo su sentencia.» —

*¡Ay! Si los bienes que el Criador te envía
Sin gratitud los gozas, ¡oh cristiano!,
No extrañes que sonría
Cuando sufras la suerte del Marrano*¹.

¹ Prov., I, 26.

FÁBULA IX

Los Jumentos reformados.

Encontráronse dos Burros
Andando el propio camino:
El uno flaco y enfermo,
El otro gordo y rollizo.

Y mientras beben sus amos
Allá en la venta un cuartillo,
Ambos su vida se cuentan,
Á fuer de buenos amigos.

— «¡Pardiez! (exclama el buen Mozo)
Dueño tienes bien mezquino.» —
— «¡Ya lo ves! (responde el Feo)
El alma traigo en un hilo:

» Mucha carga, muchos palos,
Mucho andar y mal comido.....
Tal es mi vida, hace años,
Más bien que vida, martirio.

» Mis huesos contarse pueden,
Mi piel es un pergamino,
Con más de cien mataduras
Desde el rabo hasta el hocico.

» Mas ya mi cuerpo desmaya,
Al menor peso me rindo;
Y en tal estado, á mi dueño,
Maldito de lo que sirvo.»—

—«En esto vamos iguales
(Contesta el otro Borrico);
Mas debe de ser, calculo,
Por diferentes motivos.

» Tengo un Amo, que es en todo
Lo que se llama un bendito:
Jamás me asienta la vara,
Me regala bien el pico;

» Me carga poco, y aun eso,
Haciéndome mil cariños,
Mostrando el bueno del hombre
Que no se atreve conmigo;

» Pues suelo echarme en el lodo,
Haciendo la carga añicos,
Y, libre, salir corriendo,
Dando coces y respingos.»—

Un Podenco que, al pasar,
Husmó lo que ya va dicho,
En lengua perruna exclama:
—«¡Qué lástima de Pollinos!

» ¡Inútiles para el hombre
Por tan desiguales vicios!
El uno por maltratado,
El otro por consentido.

» ¡Oh! si viera yo á sus dueños,
Dírales un consejito.»—
Y vióles; y, á pocos pasos,
Hablóles largo al oído.

Nadie por entonces supo
Lo que el podenco les dijo;
Mas se vieron resultados,
De allí á poco, peregrinos.

Al volverse los Arrieros
A sus Asnos respectivos,
Cada cual adopta al punto
Un método muy distinto:

El del Burro regalado
Sacó la vara del cinto,
Y en menos que canta un pollo
Puso al Asno de lo lindo.

Mientras el otro, la carga
Aligera á su Pollino;
Y paja y cebada dióle
Más complaciente y solícito.

En suma: los dos Jumentos
Se reformaron muchísimo;
El uno con menos palos,
El otro con menos mimos.

Entrambos cebada comen,
Mas ninguno sin castigo;
Que, para bestias de carga,
Vara y grano son precisos.

Y, por tanto, ya el consejo
Del Can prudente adivino;
Sería, con leves cambios,
Lo que yo leí en un libro:

*No aflijáis al cuerpo tanto
Con ayunos y cilicios,
Que, al cabo, os fallen las fuerzas
Para otros santos destinos.*

*Mas, tampoco le tengáis
Tan descansado y ahito,
Que el burro dispare coces
Haciendo la carga añicos¹.*

¹ Prov., IX, 6.

FÁBULA X

La Tertulia y la Araña.

Un General, un Sabio, un Opulento
Y un Ministro de antaño (y va de cuento)
Sentáronse por trazas del destino
En torno de una mesa en el Casino.
Bien se advierte que cuenta cada uno
Sus ochenta, lo menos, pues ninguno
Sin gota vive, ó sin el asma terca;
Anunciándose en todo que se acerca
El fin de aquellas cuatro Antigüedades,
Reliquias y esplendor de otras edades.

«¡Dichoso encuentro!» la Tertulia exclama
(Y vióse, un punto, revivir la llama
De la vida, entre achaques incurables,
De los cuatro Estantiguas memorables):
— «¡Oh qué tiempos! ¡qué edad (uno decía)
En que el mundo gustoso obedecía
De nuestra voz el poderoso acento!» —
— «¡Bien nos debe la Europa un monumento!» —
— «¡Sí, que nadie igualó nuestras proezas!» —
— «¡Ni el poder, letras, armas y riquezas!» —

— «¡Eh! Señores, pasito! que allá bajo
Á pedir igual prez por mi trabajo » —

«¿Quién nos habla?» (pregúntase intranquilo
Aquel senil Congreso); y por un hilo
Miraron descender con lista maña,
Atónitos los Héroes, una Araña.

— «Buenas noches, exclama (y orgullosa
Sobre la mesa sin temor se posa).
Aquí vengo á saber por qué razones
Habéis de ponderar vuestras acciones,
Creyéndolas heroicas, admirables...!
¡Y os olvidáis de mí, ¡qué miserables!
Queriéndoos apropiiar toda la gloria,
Siendo al cabo mi historia vuestra historia;
Y adjudicaros por entero el pago,
Cuando hicisteis lo mismo que yo hago!» —

Y esto dijo la Araña con tal brío,
Que el Congreso senil quedóse frío.
Mas luego que los Héroes se reponen,
Aplastar al Insecto se proponen;
Menos uno, se entiende que fué el Sabio,
Pues con trémula voz dijo su labio:

— «¡Ay amigos, verdad! Meta en su pecho
La mano cada cual. ¿Qué hemos hecho?...
Vos, General, con vuestros cañonazos,
Yo tejiendo mis libros de retazos,
Vos, Mandarín, más déspota que un moro,
Y vos, Don Creso, apaleando el oro?
¿Qué hemos hecho (en son trágico repite),
Si de todo no pasa ni un ardite
Á aquella eternidad, que no corona
Sino las obras que la **Gracia** abona?» —
«¿Qué hemos hecho?» exclamó la Concurrencia
Registrando agitada su conciencia.
— «¿Qué habéis hecho? ¡Tejer telas de araña!
Eso dijo el Insecto, y no se engaña.» —

*Así terminó el Sabio; y desde el punto
En que tuve noticias del asunto
(No puedo remediarlo), cuando veo
Un hombre que subió hasta el apogeo
Del mundano esplendor y humana gloria,
Yo recuerdo al instante aquella historia;
No mirando ya en él sino una araña
Que ha tejido su tela un poco extraña¹.*

¹ Isa., LIX, 5.

FÁBULA XI

El Niño diabólico.

Contaba mi Abuela
Con gracia y amaño,
Que, en tiempos de antaño,
Andaba en la escuela

Su Nieto querido;
Donosa criatura,
Que en toda diablura
Fué siempre el temido.

Rompía en el aula
Las mesas, tinteros.....
Y á los compañeros
Zurraba el muy maula.

De todos martillo,
Los libros destroza,
Y salta y retoza
Como un cabritillo.

En vano el Maestro
Le sigue la pista,
Que siempre, á la vista,
Obsérvale diestro;

Y asaz furibundo
Palmeta inhumana,
Con faz herodiana
Le muestra iracundo.

No valen enojos;
Que el Nene, aunque listo,
Piensa no ser visto
Si cierra los ojos.

Con este secreto
De hacerse invisible,
Lo más reprehensible
Trama sin respeto.

Mas ¡ay! que su engaño,
Que á todo le alienta,
Furiosa tormenta
Prepara en su daño.

Sufrióle el Maestro
Con muy sabias miras,
Dejando sus iras
En largo secuestro:

En cierto período
Probarle calcula;
Y en él disimula,
Y pasa por todo.

(De calma era rico)
Mas cumple; y entonces
Con mano de bronce
Descarga en el Chico.

La sed vengadora
Su furia no amaina:
Duró la azotaina
Tres cuartos de hora.

Y el Niño infelice,
Rabioso, pateo;
Y, al par que aporrea
El Cómitre, dice:

— «¡Truhán! ¿qué pensabas
Con tanta osadía....?
Que yo no veía
Porque tú cegabas?

» Con gracia bien roma,
Por cierto, despuntas;
Mas, págalas juntas,
Bribón: ¡toma! ¡toma!» —

Y cuando el Travieso,
Con rostro de grana,
Quejóse á la Anciana
Del trágico exceso,

Mi Abuela le dijo:
— «¡Me alegro! esa historia
Tendrá en tu memoria
Mi*acento más fijo.

» Escucha: algún día
Vendrán las pasiones,
Cual fieros leones,
Á darte porfía.

» ¡Cuidado! no cierres,
Con torpe demencia,
De clara conciencia
Los ojos, y yerres;

» Pensando en tu anhelo,
Que Dios no te mira,
Porque se retira
Tu vista del Cielo ¹.

» Así los mortales
Obraron mil veces;
Mas pagan con creces
Sus culpas fatales.

» ¿Ves ya adónde voy?
Pues basta; y evita
Que Dios te repita
La tunda de hoy» —

¹ Job, XXIV, 15.

FÁBULA XII

El Perro Marrullero.

Un Can machucho la vida pasa
Del lecho al plato, como holgazán,
Tan sólo cuando llega á la casa
El dueño, muestra todo su afán:

Brinca de gozo, sale de quicio,
Lame sus plantas, todo es amor;
Mas no le impongan ningún oficio,
Porque al trabajo profesa horror.

Ni caza busca, siempre rehacio,
Ni guarda-puertas siquiera es:
Tragar de prisa, dormir despacio,
Fiestas al Amo....¹ ¡nada después!

Por ende un día, con laconismo,
Furioso el Dueño le dice así:
—«¡Fuera poltrones! ¡Luego, ahora mismo,
Rabo entre piernas, te vas de aquí!» —

Y el Can replica:— «¿Tienes entrañas,
Señor ingrato, para hacer tal?
¿Tantas caricias, tan dulces mañas,
Así se premian á un animal?» —

—«De garatusas, Perrazo chusco,
Yo no me pago (responde aquél):
Hasta en los hombres las obras busco,
No frasecitas de pura miel.

»Conque á la calle, donde imagino
Que muchas hambres verás aún;
Si aguardas algo para el camino
(Y agarra un palo), toma: ¡prum! ¡prum!» —

*No á los que digan: ¡SEÑOR! ¡SEÑOR!
Dios brinda eterna felicidad,
Sino á los justos que con amor
Cumplan en todo su voluntad*¹.

¹ Math., VII, 21.

FÁBULA XIII

El Curioso y la Tapada.

Un Curioso calavera
Siguiendo va á una Tapada,
Tan sólo por la humorada
De ver la Dama quién era.

Y firme en su terco afán,
Ya, en fuerza de tanto ruego,
La Dama contesta luego
Las preguntas del Galán.

- ¿Eres niña?
—A mi pesar.
—¿De nieve?
—Mi pecho arde.
—¿Celos quizá?
—Dios me guarde.
—¿En qué gozas?
—En llorar.
—¿Tienes penas?
—Sin guarismo.

- ¿Te durarán?
—Mientras viva.
—¿De donde vienes?
—De arriba.
—¿Y á dónde vas?
—Allí mismo.
—¿Aborreces?
—Lo pasado.
—¿Amas también?
—Soy amor.
—¿Quieres morir?
—De dolor.
—¿Desesperas?
—No me es dado.
—¿Cuál es tu patria?
—El retiro.
—¿Y tu mansión?
—Las ruinas.
—¿Y tu lecho?
—Las espinas.
—¿Y tu cantar?
—El suspiro.
—¿Qué pretendes?
—Mi rescate.
—¿Con qué lograrás....?
—Con oro.

—¿Vas reuniendo....?
—Lo que lloro.
—¡Tanto llorar....!
—No me abate.
—¿Debes mucho?
—Ese es mi duelo.
—¿Pagas sola?
—No: entre dos.
—¿Quién es quien te ayuda?
—Dios.
—¿Quién es tu acreedor?
—El Cielo.

No digas más; que el arcano
Descubre la Religión
(Dijo el Galán): soy profano;
Mas en el mundo cristiano
Te llamas la CONTRICIÓN ¹.

1 Math., V, 5.

FÁBULA XIV

El Llanto y la Risa.

«¡Ay! qué tierra tan dura
La de mi suelo!»
Un Labriego murmura
Con desconsuelo.
Y el triste, arando,
«¡Qué duro!» (repetía)
Siempre llorando.

«¡Ay! ¡las lluvias ya tardan!
Desgracia es seria:
Hogaño nos aguardan
Hambre y miseria:
¡Ay! ¡ponte blando
(Exclama), suelo mío!»
Siempre llorando.

«Cada grano que tiro
En el barbecho,
¡Ay! me arranca un suspiro
Del triste pecho,